

UN ÁNGEL EN EL TEJADO



Antonio J. Fernández Del Campo

Un ángel en el tejado

Nota: Cuento basado en una realidad terrible.

Soy de los que piensan que los únicos ángeles que existen son los ángeles caídos. Y estos no son otra cosa que la gentuza que te cruzas con el camino y te hacen odiar al mundo con su actitud egoísta y egocéntrica.

Me llamo Manuel y tengo 37 años. He visto suficiente de este mundo para asegurar que no existen los milagros. Escribo esto porque he visto un ángel en el tejado, en frente de mi casa. Bueno, eso pensaba yo cuando me asomé a la ventana y vi a esa mujer vestida de camión blanco con su cuerpo esbelto oculto por la fina tela de su ropa de dormir. Miraba con tristeza hacia abajo,

justo hacia mi ventana. Cuando nuestras miradas se cruzaron ella sonrió mostrando la más dulce de las sonrisas y me saludó con la mano. Dijo algo con sus labios pero como tenía la ventana cerrada no pude escucharla.

Me levanté deprisa para abrir la ventana y le grité para que me repitiera lo que había dicho. Ella sonrió se acercó al borde del tejado y saltó.

Me llevé tal susto que marqué el número de policía antes de mirar abajo. No quería mirar. Entonces la policía me pidió información adicional, como el color del pelo de la suicida y entonces tuve que mirar abajo. Cuando lo hice no vi nada más que un jardín vacío.

- Disculpen agentes -dije, casi sin habla -. Ha debido ser una alucinación.

- ¡Malditos drogadictos! -me gritó la telefonista -. Tenemos muchas cosas mejores que hacer que escuchar vuestras locuras.

Y me colgó.

Bajé corriendo a la calle y me

alegré tanto de no ver ningún cuerpo despachurrado contra el suelo que me entraban ganas de llorar de alegría. La gente pensaba que estaba borracho pero yo sentía que aquello era increíble y no podía evitar saltar y aullar como un borracho forofó del fútbol.

Después de esa borrachera de alegría decidí que era mejor no dar más espectáculo y volví a mi casa. Pensé que sería increíble volver a ver a esa chica y sobre todo poder preguntarle por lo que me había dicho. Si no era un ángel era alguien que podía volar y eso es más difícil de creer que el hecho de que fuera un ángel. Pero tenía entendido que los ángeles son andróginos, sin sexo y ella era una chica preciosa muy bien definida y con unas curvas bien claras dibujadas bajo su camisón blanco. No tenía alas pero de algún modo sabía que era un ángel.

Pasaron varios días, no recuerdo cuantos cuando me crucé con esa misma

chica en el metro. Estaba en el andén, mirando a las vías con la mirada perdida y triste. Me acerqué a ella con intención de hablarle, ya que no pude quitármela de la cabeza en todo ese tiempo, y me quedé junto a ella, de pie, mirando las vías sin atreverme a decirle nada.

Entonces se volvió hacia mí y me habló.

- ¿Por qué no les importa?

Me la quedé mirando fascinado porque me recordaba y sonreí, tratando de animarla.

- Son tantos gritos que no puedo soportarlo -continuó-. Los hombres no los callan y son sus propios hijos, son el futuro del hombre.

Miré hacia las vías temiendo que me había enamorado de una loca que de algún modo volaba. Tenía la pregunta en mis labios, debía preguntarle quién era. Quería saber si era un ángel.

- ¿Si tu hijo grita que no le pegues, le pegarías? - dijo ella.

- Lo siento, no tengo hijos.

- Es un eufemismo. Un padre y una madre siempre sabe lo que sus hijos quieren. Saben cuando están bien y cuando están mal con solo estar a su lado. No necesitan preguntárselo. Un padre hace lo que sea por llevarle comida todos los días y una madre antepone la salud de sus hijos a la suya propia. ¿Por qué no escuchan sus gritos? ¿Por qué continúan sus vidas y nadie les ayuda?

- ¿A quién? - pregunté, dolido por la expresión de sus ojos tan triste.

- A los niños.

- ¿Los niños? - dije -. ¿Has oído los gritos de unos niños? ¿Dónde?

Ella me miró compasiva y sin decir más sonrió.

- ¿Cómo te llamas? - me atreví a preguntar.

- Vida.

- ¿Vida? - pregunté, asombrado -. ¿Qué clase de nombre es ese?

- Sabes que soy un ángel. Soy el ángel de la vida.

De algún modo la creí. Supongo

que aunque no la hubiera visto saltar desde el tejado la habría creído. Su rostro era la imagen de la belleza pero su tristeza hacía que me dieran ganas de llorar.

- ¿Y has escuchado gritar a niños?

- insistí -. ¿Dónde?

- En el vientre de sus madres.

Cuando dijo eso me callé. ¿Acaso podía escuchar los gritos de los niños que no habían nacido? Claro que podía, siendo un ángel. Lo que no podía creer es que esos niños pudieran gritar. Siempre pensé que son como seres humanos dormidos que no sienten ni padecen. ¿Por qué iban a gritar?

- Ven conmigo - dijo.

- Espera, tengo que ir a trabajar...

- No tienes que ir porque prefieres estar conmigo - dijo ella con tal dulzura que me sentí incapaz de coger el metro que se detuvo justo en ese momento frente a nosotros.

Dejé sonar el silbato y las puertas se cerraron. Me quedaba con ella,... o eso

pensaba yo.

Ella me tendió la mano y la sentí fresca, suave y fuerte. Cuando noté su contacto me maree y perdí el sentido de la orientación. Sentí que ella tiraba de mi mano y cuando volví a ver algo estábamos en un parque.

- Mira eso - señaló a un niño que se balanceaba con mucha fuerza en un columpio.

La madre estaba hablando con otra mujer y ni apenas prestaba atención a su hijo. Al menos pensé que debía ser la madre porque miraba repetidamente al niño, de reojo.

De repente el niño se soltó por la fuerza del impulso y salió volando varios metros hacia delante. La madre dejó su conversación un instante para verlo y corrió cuanto pudo. Se rompió los tacones de los zapatos pero nunca vi unos reflejos semejantes. El niño cayó en sus brazos, llorando y la madre lo sostuvo con cariño no sin regañarle por ser tan bruto.

- Increíble, lo salvó de una caída muy fea - dije.

- Ese niño no ha gritado - dijo Vida-... porque su madre no le ha dejado caer. Fíjate, esos zapatos le costaron 80 euros la semana pasada, la chaqueta de lana se la ha rasgado toda por tirarse al suelo y se ha hecho cortes en varios sitios. Pero está bien, le ha salvado y eso le da energía para regañar al niño, ahora que está a salvo. Durante esos instantes que saltó a salvarlo no se fijó si en el suelo había piedras o cristales. No se preguntó qué haría con esos zapatos nuevos rotos y lo que su marido le diría cuando los viera así. ¿Sabes? Esas cosas no se piensan porque sabes que lo más importante es la vida y la seguridad de tu hijo. Todo lo demás se arreglará de un modo u otro.

- ¿Entonces los niños que gritan quienes son? - pregunté -. ¿Acaso los huérfanos?

- Los huérfanos no gritan porque no tienen a nadie que les escuche. Los

niños que gritan buscan el auxilio de sus madres que no quieren escucharles aun estando a su lado.

- ¿Podemos ir a ayudarles?

- No podemos, nadie puede, solo sus madres.

- ¿Y por qué no les ayudan? ¿Qué clase de madres son?

- No han entendido que ya son madres y que al quedar embarazadas tienen al ser más indefenso del mundo bajo su responsabilidad. No quieren asumirla, creen que no pueden criarlo, que el niño aún no existe, o al menos eso se dicen ellas para soportar la carga de su conciencia. Piensan en si mismas, en lo duro que es ser mujer, en los peligros que tiene el mundo y que no quieren darle al niño un destino miserable. Creen que matándolos les hacen bien porque así no pasarán necesidad. No sufrirán humillaciones por no tener un padre legal. Creen que es mejor borrarlos de la existencia antes de que nadie se de cuenta de que existen. Pero ellas saben

que existen. Nunca podré sonreír mientras este mundo no haga algo para callar los gritos de estos niños. Si todos pudieran escucharles se les estremecería el alma.

- ¿Y qué dicen?

- "*¿Qué he hecho yo?*", "*Sálvame mamá*", "*No dejes que esa cosa fea siga haciéndome daño*", "*por favor quiero seguir contigo*", "*por qué no me quieres*"...

Me quedé sin habla. Sentía el dolor en su corazón por la expresión tan triste de su rostro.

- Trabajo en una clínica abortiva - le dije -. Nunca lo vi así, pensé que se les estaba ayudando a las jóvenes. Me dedico al mantenimiento informático de las bases de datos.

- Sé quién eres, Manuel -me dijo muy seria-. Espero que a partir de ahora sepas quién eres tú.

Cuando dijo eso aparecí en el

metro, recién despertado, de camino a mi trabajo. En realidad no la había visto... ¿o sí?

Llegué medio zombi a mi oficina y por primera vez en mi vida pensé en lo que estaba haciendo cuando corregía un programa. Trataba datos de miles de chicas que habían abortado. Contenía todos sus datos personales, todas sus fotos, todas sus tristes historias. Nunca antes me había entrado curiosidad por conocer ninguna y sentí que debía conocer al menos a una de ellas.

Fui al registro diez mil y encontré la ficha siguiente: Samoa Sánchez Jiménez, 18 años, en el paro, estudiante y sin novio. Su familia era de origen humilde. Cogí su teléfono y llamé impulsivamente sin pensar.

- ¿Diga? - era una voz joven y alegre.

- Samoa Sánchez - contesté con voz grave.

- Sí dígame - respondió ella con educación.

- Estoy realizando una encuesta, ¿me concede un par de minutos?

- ¿Sobre qué?

- Sobre el nivel de vida de las jóvenes españolas.

- Ah, de acuerdo.

- ¿Trabaja actualmente?

- No, estoy estudiando derecho.

- ¿Se ha independizado o sigue viviendo con sus padres?

- Vivo con unas amigas.

- ¿No tiene trabajo y se ha independizado?

- No me he independizado, me echaron de casa.

El tono de ella cambió radicalmente, me di cuenta de que debía tener cuidado aunque me interesaba saber más de ella.

- ¿Puede decirme si sus padres pagan su universidad?

- Mis padres no pagan ni mi comida.

- Pero, lo siento mucho, señorita, ¿puede decirme el motivo?

- No, eso es un tema personal. No me gusta hablar de ello.

- ¿Fue debido al aborto que contrató en la clínica La jungla, de Madrid? - dije, pensando que si me medio-sinceraba podía sacar algo más.

- ¿Qué? - se escandalizó.

- Verá, estamos encuestando a las chicas que han abortado para conocer su nivel de vida medio y si han tenido consecuencias los abortos que han hecho. Es para informar a futuras chicas en situaciones similares.

Se quedó muda.

- Disculpe, no quería importunarla, ¿podemos continuar el cuestionario?

No respondió. Quizás no me creía y no la culparía de ello dado que no miento muy bien.

Al cabo de un minuto tenso y largo volví a escucharla.

- Continúe, por favor.

- Sé que es una situación muy delicada y que nadie lo pasó peor que

usted...

- Por favor cíñase al cuestionario - me cortó seca.

- ¿Fue el aborto la causa de su conflicto con sus padres?

- Efectivamente, lo fue. Se enteraron después de hacerlo porque alguien les llamó para confirmar si la firma de los papeles era suya y se mosquearon tanto que no quieren volver a verme.

- ¿Cree, por tanto, que sería recomendable aprobar una ley que permitiera a las jóvenes abortar sin el consentimiento de los padres?

- Me habría ahorrado infinidad de problemas, sí.

- ¿Y qué le diría a una chica en su misma situación? ¿Que debe abortar?

- Le diría que no se deje comer la cabeza por nadie, que haga lo que le dicta su corazón y que no deje que nadie se meta en su vida y sus decisiones.

- ¿Usted no lo hizo?

- No, mis amigas me decían que

no fuera idiota, que abortara, que ese niño iba a destrozarme la vida...

Sentí que se le quebraba la voz.

- ... escuchaba a los beatorros llamar asesinos a los que abortan y les odié por ello. ¿Acaso sabían ellos lo que yo estaba pasando? Sentí tanto odio y me sentí tan arropada por mis amigas que lo hice sin pararme a pensar en lo que yo quería.

- ¿Y qué quería? - le pregunté.

- Quería a ese niño. Sentía que su vida daba sentido a la mía.

Escuché como se limpiaba con un pañuelo. Una chica le dijo algo y no entendí lo que contestó.

- ¿Y por qué abortó?

- No lo sé. No podía imaginarme como una de esas madres con un niño. Quería seguir llevando la misma vida y él la iba a cambiar. Quería seguir igual y pensé que abortar solucionaría el problema. Sabía que sería doloroso para mí pero lo superaría.

- ¿Lo superó?

- No pasa un día sin que tenga pesadillas. Siento que desde ese día ... nada de lo que hago importa. Aunque me estoy acostumbrando.

- Entonces, ¿qué les diría?, ¿que deberían abortar o no abortar? Es una pregunta que tengo aquí, disculpe si le importuno.

- Les diría que escuchen a su corazón, ¿está sordo?

- Entonces, ¿les diría a todos que se callaran la boca? - dije, intentando simpatizar con ella.

- A todos, las amigas que te empujan a abortar, a los curillas que te llaman asesina, a todos. Ellos no tienen ni idea de lo que se pasa. Tendrían que meter en la cárcel a esos juececillos que se creen con derecho a decirte lo que tienes que hacer.

Me quedé sin palabras. Intenté inventarme otra pregunta pero creo que ya tenía todo lo que quería oír. Sin embargo se me ocurrió una.

- Una última pregunta, Samoa.

- Sí, dígame.

- ¿Usted sintió que el niño que llevaba en su seno sabía lo que iba a hacer cuando fue a abortar?

- No.

- ¿Puede explicarse? Necesito su explicación.

- No sabía nada.

- Obviamente, pero no sintió que se comunicaba de algún modo con usted.

- No quiero recordar eso, disculpe -su tono de voz denotaba que estaba a punto de explotar. Estaba tocando un tema muy sensible y quería escucharla.

- Por favor, puede ayudar a tanta gente...

- Yo no puedo ayudar a nadie.

- Su testimonio puede ser determinante para que una chica tome su decisión en el futuro.

- Mi bebé sentía alegría cuando yo me alegraba -finalmente explotó -. Creo que cuando fui a la clínica algo lloraba dentro de mí, algo me gritaba que no lo hiciera o me arrepentiría toda la vida. Lo

hice, a pesar de todo, pensando en que no quería un cambio tan grande para mí, que no podría con los gastos, que mis padres me matarían y no me daba cuenta de que el cambio llegaría, dejándolo nacer o no. Creo que hoy sería más feliz si hubiera dejado que él naciera.

- Deduzco de sus palabras que era niño.

- Así es.

- Gracias Samoa.

- De nada.

Me colgó sin decir nada más.

Después de eso hice una búsqueda en la base de datos. Había 587 chicas citadas para abortar el próximo mes. 587 chicas tenían previsto pasar por lo mismo, por unos motivos o por otros. Sabía el caso de Samoa, que se arrepentía de haber hecho caso a sus amigas. Aseguraba que habría sido mucho más feliz de haber dejado que la naturaleza siguiera su curso. Sin embargo era imposible intervenir en la decisión de cada una ya que otras muchas

seguramente habían conseguido seguir con su vida sin problemas y éstas no tenían ni el menor remordimiento. Si no decidían por sí solas dejar nacer a su hijo, no servía de nada lo que yo intentara.

- Si al menos pudiera salvar a uno -me dije.

En ese momento llegó mi jefe y me pidió que fuera a su despacho ya que había que hacer mejoras en las consultas para que los médicos tuvieran acceso más fácilmente a sus archivos. Al parecer un filtro en una consulta a la base de datos funcionaba mal.

En ese tiempo que estuve ocupado vi con claridad que me hallaba ante 587 sentencias de muerte y que a nadie le importaban. Recordé el escándalo que se organizó cuando ese chico español fue acusado de asesinato en Estados Unidos y fue condenado a muerte. ¿Cuántos medios y periódicos hicieron eco del caso para conseguir firmas y dinero y al final le salvaron? Sin embargo en nuestro país había 587, en un país donde ni los peores

criminales son sentenciados a muerte, solamente en esa clínica y a nadie le importaba recoger un céntimo para que esas mujeres pudieran hacer frente a la supervivencia de su hijo. Esos eran los gritos que sólo "Vida" escuchaba. Todos ellos gritaban al unísono buscando ser escuchados por su madre, por la sociedad, en silencio.

Terminé mi trabajo y volví a casa. En el metro me quedé dormido a propósito para intentar volver a ver a Vida. Aun tenía una pregunta que hacerle y necesitaba saber la respuesta. ¿Qué había dicho aquel día cuando la vi tirarse del tejado?

Desperté con la sensación de haber dormido horas justo en mi parada. No había soñado nada. Sentía que ese día había sido uno de los más raros de mi vida, había creído ver un ángel en sueños y luego había cometido la locura de usar la información clasificada de mi empresa para fines personales. Si me pillaban se me caería el pelo y más con información

tan delicada.

De vuelta a casa me senté frente al ordenador y me puse a buscar por Internet imágenes de mujeres vestidas con camisión blanco. Quería encontrar de nuevo a mi ángel, pero en Internet no vi ninguna que se le pareciese.

Entonces volví a mirar por la ventana y allí estaba, sobre el tejado de enfrente. Me levanté deprisa y le grité: ¡Espera!

Ella me miró, y esta vez no me sonrió.

- ¿Qué me dijiste aquella noche desde el tejado? - le grité sin pensarlo.

Sus ojos me penetraron hasta la raíz más profunda de mi alma. Me atrapó y sentí todo el dolor que ella sentía con esa sencilla mirada.

- Hazles callar - dijo ella, entre lágrimas.

Y volvió a saltar al vacío disipándose en la nada. Mi corazón se partió al oír su triste voz.

Sentí que Vida saltaría de ese

tejado cada día, buscando el silencio que le torturaba eternamente en las voces sin sonido de esos niños muertos cada día.

¿Hacerles callar?, ¿cómo?

Me buscó a mí por mi cercanía con esas mujeres, por mi puesto de trabajo. ¿Pero qué podía hacer yo?

Entonces se me ocurrió una idea. Fue entonces cuando me decidí a escribir toda esta historia de lo que me ha pasado. Pensé que si podían leerla todas ellas, enviándosela a sus direcciones, ellas entenderían y por fin escucharían el grito de sus hijos por la vida. Así los niños no tendrían que gritar más.

Todos esos niños tenían una cosa en común conmigo, su amor por la vida. Sentí que tenía que hacer algo por ellos. Ellos amaban la vida irracionalmente, como la amamos nosotros, en silencio y apartando instintivamente los peligros de nuestro camino para quedarnos con ella cuanto más tiempo mejor.

En mi caso yo he visto a la Vida en persona y no entiendo cómo puede haber

alguien capaz de no amarla. La suya propia y la de los demás, ya que es la misma.

fin

Dedico este libro a todos los niños que no han podido nacer por decisión de sus madres por culpa de sus entornos.

Si te ha gustado este cuento y crees que debe ser difundido, reenvíalo a todos tus contactos o pásales la dirección dónde descargarlo.

Si una mujer decide tener un niño gracias a ti, esa persona nos deberá la vida.

Prohibida la venta de este ejemplar.

Todos los derechos reservados.

